

CARTAS AL EDITOR: APORTES A LA DISCUSIÓN

EL EQUILIBRIO NECESARIO ENTRE TRADICIÓN E INNOVACIÓN

FEDERICO OLIVO ANEIROS¹

Estimado equipo editorial de la Revista Costos y Gestión:

No considero que ninguna de las nuevas tecnologías transforme, por sí misma, el rol del profesional. Sí creo que la diferencia va a estar dada por la capacidad que tenga cada persona de incorporar y dominar esas herramientas. El sector productivo, particularmente el sector privado, seguramente podrá diferenciar entre aquellos perfiles que manejan estas nuevas tecnologías —entre ellas la inteligencia artificial— y aquellos que no lo hacen. Quiero decir con esto que quien no logre comprenderlas, utilizarlas e integrarlas a su práctica profesional puede quedar en una situación de desventaja frente a otros perfiles.

Sin embargo, tampoco considero que ninguna de estas herramientas vaya a reemplazar aspectos centrales de la formación humana y profesional. No van a reemplazar la inteligencia emocional, las emociones, la resiliencia, ni aquello que la universidad enseña y promueve de manera permanente: el pensamiento crítico. Me refiero a las denominadas habilidades blandas, tales como el trabajo en equipo, el liderazgo, la comunicación, la oratoria, la empatía y la capacidad de construir consensos. **Son competencias que continúan siendo fundamentales y que, incluso en contextos de alta automatización, adquieren cada vez mayor relevancia.**

De hecho, resulta interesante observar cómo la evolución de los modelos productivos refleja esta realidad. La Industria 4.0 planteó una transformación profunda de los procesos mediante la automatización, la digitalización y la integración tecnológica. Sin

¹ Decano de la Facultad Regional Córdoba - Universidad Tecnológica Nacional (FRC – UTN).

embargo, la Industria 5.0 vuelve a colocar a las personas en el centro de la escena. **Esto significa que, aun incorporando nuevas tecnologías, el eje continúa siendo el ser humano y su capacidad para aportar creatividad, criterio, juicio y sentido a las organizaciones.**

También considero importante reconocer que es muy difícil predecir con exactitud qué ocurrirá con el mundo del trabajo en los próximos años. Existen distintas bibliografías y estudios que plantean la aparición de nuevas profesiones y la desaparición de otras. Personalmente, prefiero ser prudente en ese sentido. No puedo afirmar con certeza qué trabajos existirán dentro de diez o veinte años, porque sinceramente no lo sé. No creo disponer hoy de la información suficiente para asegurar que un determinado escenario vaya a ocurrir de una manera específica.

Lo que sí puedo afirmar es que vivimos en una era caracterizada por la comunicación, los datos y el acceso al conocimiento. Probablemente nunca antes en la historia de la humanidad hubo tanta información disponible como en la actualidad. **Paradójicamente, disponer de más información no necesariamente implica tener mayores certezas sobre el futuro. Por eso, más que intentar adivinar qué va a pasar, creo que debemos concentrarnos en formar profesionales capaces de adaptarse a escenarios cambiantes.**

Más allá de la coyuntura, creo que lo que tenemos que formar son profesionales con espíritu crítico, que interpelen el sistema, que sean curiosos y que se pregunten permanentemente el qué, el cómo, el por qué y el para qué de las cosas.

Independientemente de las nuevas herramientas que puedan surgir, no nos podemos desviar del objetivo de que nuestros profesionales primero sean personas y luego sean ingenieros o ingenieras. **La formación universitaria no puede limitarse únicamente a la transmisión de conocimientos técnicos; también debe contribuir a formar ciudadanos comprometidos, capaces de comprender la complejidad de los desafíos actuales y de actuar con responsabilidad frente a ellos.**

Los roles de los profesionales del siglo XXI, adaptados a lo que es el sistema educativo, representan un desafío permanente. Tenemos un sistema educativo del siglo XIX, con docentes del siglo XX y estudiantes del siglo XXI. **Esa realidad nos interpela como instituciones y nos obliga a revisar continuamente nuestras metodologías, nuestras prácticas y nuestras formas de enseñar.**

Lo que sí considero es que no debe pasar que las nuevas herramientas tecnológicas sean tomadas como una verdad absoluta. Hoy, a una velocidad prácticamente inmanejable, las tecnologías van marcando tendencias e incorporándose de manera permanente a nuestra vida cotidiana, a los ámbitos productivos y a los procesos educativos. **Las universidades tienen la responsabilidad de incorporar esas innovaciones, pero también de analizarlas críticamente, comprender sus alcances y limitaciones, y ponerlas al servicio de una formación integral.**

Creo que el rol de nuestras instituciones tiene mucho que ver con la posibilidad de diseñar o actualizar diseños curriculares que permitan acompañar las transformaciones de la realidad. En ese sentido, las materias electivas constituyen una herramienta valiosa para incorporar nuevas temáticas, nuevas competencias y nuevas demandas del entorno profesional.

Sin embargo, también debemos comprender que los planes de estudio no pueden permanecer estáticos, pero tampoco pueden perder la identidad y el rigor académico que caracterizan a nuestra formación profesional. **La adaptación a los cambios debe realizarse preservando aquellos conocimientos fundamentales que constituyen la base de cada disciplina.**

Por eso sostengo que existe una base que es innegociable: la formación básica profesional. Esa formación, en términos duros, es la que define el perfil de nuestros graduados y les permite desenvolverse con solvencia a lo largo de toda su trayectoria. A esa base la debemos complementar con las nuevas tendencias, las competencias emergentes y las habilidades blandas que hoy resultan indispensables para el trabajo interdisciplinario, la comunicación, el liderazgo y la resolución de problemas complejos.

El desafío de la universidad no es elegir entre tradición e innovación. El verdadero desafío es encontrar el equilibrio adecuado entre ambas. Debemos ser capaces de formar profesionales preparados para el futuro, capaces de adaptarse a contextos cambiantes y de incorporar nuevas herramientas, sin renunciar a los fundamentos que les permitirán desenvolverse con criterio, autonomía y responsabilidad en cualquier escenario.